

“La milagrosa vida de las palabras”

Discurso de agradecimiento por el Premio de la Paz de Francfort*

Péter Esterházy

Traducción de Eduardo y Constanze Martens Espinosa

TODO DISCURSO ES HORROROSO, así voy a empezar. Como dijo Kornél Esti. Este verano se publicó un libro de Dezső Kosztolányi titulado *Un héroe de sus tiempos. Las confesiones de Kornél Esti*, con traducción de Christina Viragh, editado por Rowohlt, por cierto con un epílogo excelente.

Había pasado ya la mitad de mi vida, cuando una airosa mañana de primavera, me vino a la mente Kornél Esti.

—Voy a dar un discurso —amenazó.

—Ay no, lo que sea, pero eso no —le dije.

La esbelta y anticuada corbata amarilla de Esti junto con sus ingenuos juegos de palabras me parecían deplorables. Su aguerrida originalidad me resultaba desgastada. Siempre me involucraba en un cierto escándalo. Por ejemplo, una vez que íbamos caminando juntos, de paseo, de pronto sacó un cuchillo de su chamarra y, para confusión de los transeúntes, empezó a afilarlo en una piedra. Podía abordar también muy respetuoso a un pobre ciego y quitarle una pelusa que le había entrado al ojo.

Señoras y señores. Más vale que empiece así. Sin sorprender a nadie, sino apegándome a la más pura tradición que es todo un tesoro: con una construcción coherente, clara, sólida, geométrica, euclidiana, de proporciones clásicas... que por cierto... hablando de los griegos... señoras y señores, ¿y qué hay de los hermafroditas?

Señoras y señores, ¡distinguidos hermafroditas! No, así no se oye bien. Tal vez cause un poco de risa, pero no puedo

permitir que eso me influya... Tengo que encontrar otra manera de expresar mi humanismo ilimitado... Para que por lo menos acceda a la magnificencia, a la excelencia. Porque difícilmente volveré a tener la oportunidad de decir: ¡Estimada comunidad, magnífico foro, sus excelencias! Sí, esas palabras son el espejo de la verdad, lo cual no suele suceder con mis palabras.

Hablando de espejos, me encantaría saber si están presentes sus excelencias. Porque en realidad los embajadores son excelencias. Claro que no están todos los que son ni son todos los que están. Qué interesante, tanto a mí como a mis palabras nos conviene que se presente el mayor número posible de embajadores pues eso le da más vabor a mis palabras. Aunque a Susan Sontag le pasó lo contrario, en su discurso se mencionaba un embajador que nunca apareció. Pero a un discurso le hace bien que alguien esté enojado con uno. El homenajado toma la palabra con la espada desenvainada. Desenvainarla contra el embajador de Hungría resulta algo complicado. *Kis ország nagykövet*, es un juego de palabras intraducible, pero no se perdieron de mucho.

Cuando me avisaron del premio pensé en lo siguiente: primero, el problema de la corbata; segundo, prometerme que: *a)* no leería lo que escribió Kant sobre la paz, o mejor dicho, que no lo leería otra vez y *b)* que por ningún motivo faltara la palabra *Keule*, es decir, “garrote” o, también, “pierna de cordero”, en mi discurso.

Por otro lado, ¿debería presentarme bajo los efectos de un ataque de sinceridad? Eso sería extraordinariamente humano, sin por ello favorecer necesariamente lo estético.

Lo que no voy a confesar es qué pensé, en el instante en que me supe merecedor del Premio de la Paz recién salido del

* Este fue el discurso de Péter Esterházy al recibir el Premio de la Paz 2004 de los librerías de Francfort. Se reproduce íntegro por primera vez al español, por cortesía del autor. El Premio de la Paz 2005 fue otorgado a Orhan Pamuk (Turquía, 1952).

horno, en la obligación de informar aunque fuera brevemente sobre todas las guerras que se libran hoy en día en nuestro planeta. Qué guerras tienen lugar en este momento y qué opino yo sobre ellas. Al respecto nada mejor que el silencio. Como también en lo que se refiere a, no eso no, en lo que se refiere a eso más vale no decir ni media palabra. (“Siempre he admirado a los Estados Unidos y he estado en contra de la guerra de Irak”, fin de la cita.)

Al ver la lista de los ganadores del Premio de la Paz —lo digo sin más, tal como sucedió— de pronto empezó a faltarme el aliento. Sentí lo mismo que en los tiempos en que mi casero alemán me increpaba noche a noche: “a ver, jovencito, cuénteme cómo fueron sus experiencias de hoy, primero, en lo humano; segundo, en lo literario; tercero, en lo filosófico”.

“Esos protestantes son demasiado serios y nunca dejan de preocuparse”, suspiró Kornél Esti.

Lo imponente de la lista no me dejaba empezar nada, porque desde el principio creí que debía comenzar por mi seriedad personal decidiendo si ponerme, o no ponerme la corbata. Me soñaba en el lugar de honor, ¡qué espanto!, y así me había puesto la corbata, ni todo lo demás. La circunstancia nos sumergiría de inmediato no sólo en la densa oscuridad del bosque de la poesía y de la verdad, sino incluso en la observación de que la tradición no es garantía de antemano, sino que se ciñe nada más a lo interpretativo. Dado que no hay lugar donde uno pueda sostener una conversación sin corbata, de no ser en el sitio que desde hace mucho se conoce como la Iglesia de los Descalzos. Es decir, ocultando las preguntas tras el silencio, mejor dicho, el asunto en sí. Imaginémos también lo que esto significa para un poeta: la ausencia de Dios es teomorfa, la ausencia del padre es parrimorfa, como también la ausencia de corbata es corbatimorfa, sólo que asfixia menos.

Los premios alemanes hacen caer en tentación a los galardonados que quisieran verse a sí mismos tal como los describe su presentación para el premio.

—Dímelo, amado padre bueno —me dijo hace poco mi hijo de diecisiete años—, ¿será

posible! ¿En verdad pusiste no sólo a tu patria (Hungria) en el centro de Europa, sino que acabas de situar a Europa en el centro de la literatura?

Me habla con un tono de padre estricto.

—Ni modo —me dice—, pero que sea la última vez, no quiero volver a saber que *tú le estás buscando contrapunto a la depresión europea*.

—Está bien —respondo apenado.

Los hijos pueden ser muy enérgicos. Saben mucho, y lo saben, y hay mucho que no saben y eso seguro que todavía no lo saben. Me gusta lo riguroso de mi hijo, pero a veces me gustaría, cómo me gustaría, que supiera callar. *Si tacuisses philosophus manisses*. Oyó decir una vez, cuando era niño, que el latín era una lengua muerta, y sintió un gran pesar:



—¿Que ya se murió? ¡Pobrecita!

Luego dijo tranquilamente:

—No hay que aprender lenguas muertas, ¿O.K., papá?
Y *Taik it isi, deddy*.

Hace unos treinta años, al asomarme a la literatura húngara, porque en esa época era imposible no asomarse de pasada a la dictadura, no encontré nada *isi*. Vi una horrible seriedad, la seriedad del poder, infiltrada con su mentira hasta lo más profundo y había una honorable tradición literaria húngara, que por principio se tomaba a sí misma en serio, tomando en serio sus propios deberes morales como responsabilidad, porque tal vez en una dictadura no se pueda tomar nada en serio —de cualquier modo nunca tuve la impresión de que esa seriedad representara realmente mis convicciones.

En esta multifacética seriedad no resultaba difícil (no va en serio) ver sin seriedad a un arte constructivo. De hecho es muy fácil reírse de una dictadura. Es moralmente trivial, pues nosotros somos los buenos y ellos los malos. Desde el punto de vista del escritor ya está hecha buena parte del trabajo, que consiste sobre todo en no tener lástima de uno mismo. Finalmente la cosa es muy sencilla, porque es de los *otros* de quienes nos reímos. Pero entonces, a mediados de los setenta, la risa resultaba muy esporádica pues casi nadie se reía entonces.

La alabanza a la flojera y a la desidia le daban gusto a Esti, qué bien que existiera un auténtico escritor desidioso y bueno. Pero no todos los desidiosos son malos y no todos los buenos son serios. Con una seriedad sepulcral en el fondo de su corazón, se constituyen en guardianes arrogantes de la moral, igual que tú. Un país pequeño puede, al parecer, producir sólo escritores que, al menos o en el mejor de los casos, sean medio desidiosos pero eso sí, nunca dará buenos escritores negligentes de verdad con toda su valentía.

En ciertos momentos de ambición abrigué el secreto deseo de ser un auténtico escritor desidioso, bueno y valiente.

El perro *pug* de Otto toca la puerta. Otto: “ven, *pug*, ¡ven!” El *pug* de Otto viene. El *pug* de Otto vomita. Otto: “Ottodios”. Palabras en serio que me hacen consciente en este momento del momento, para que no me deje pervertir por la bella seriedad de este instante sin que enfrente al *pug* y a su trágico destino a la decepción del habitual análisis de las preguntas europeas importantes.

En algún punto intermedio entre el *pug* y el análisis surge el garrote. Claro, el garrote. Qué interesante observar el destino de las palabras, la milagrosa vida de las palabras. Cómo cargan con su pasado y cómo eso nos restringe, ¡nos

restringe y nos enriquece! En cuanto al eterno femenino, nos llega de inmediato un pensamiento, porque la mujer no puede dejar de hacernos pensar, es que nos eleva y, en el caso de Otto el Ottodios por ejemplo no podremos jamás volver a hablar de auténtico trabajo alemán sin que de inmediato pensemos: “Fábrica judía de dinero”, cuando en realidad se trata simplemente de trabajo alemán.

Incluso en un discurso de entrega del Premio de la Paz podemos toparnos con la frase “pierna de cordero”. Klaus Trebes, chef de Francfort, recomienda: separar el hueso de todo el material de la pierna, picar luego unos dientes de ajo, cebollín, piñones, migajitas de pan blanco, aceite de olivo y limón; mechar el hueco, donde estaba el hueso, con todo el relleno y luego darle forma a la pierna, sazónarla, etc. Eso: ¡darle forma a la pierna!

¿De qué estoy hablando? Es que me dejo llevar por las palabras. Una tía —en una familia grande no son decisivos el padre o la madre, sino la magia del tío y de la tía, de los sobrinos lejanos, de sobrinos y primos— una vez, una de esas mágicas tías lejanas, me dijo: “Yo no leo libros que se puedan resumir”. Y yo, por mi parte tampoco quiero escribir ese tipo de libros, ni sostener ese tipo de discursos. Las palabras son las que me llevan.

La palabra *pierna* no apareció por pura casualidad, para ver qué tal funcionaba hoy aquí, en la Paulskirche (entre paréntesis: en todos los pueblos donde mi familia se vio obligada a reubicarse en 1951 la gran misa se celebraba al mediodía, se llamaba *szagomise*, la misa del aroma, como el aroma de un frasquito, quizá por el incienso, se trataba de una iglesia católica, donde no podían dar sermones los clasificados como seculares, como sucede aquí; ahí sólo se les permitía a los sacerdotes y qué largos eran, se cierra el paréntesis), yo me dedico a poner la palabra por aquí y por allá para ver qué pasa, bueno no sólo por eso, sino porque esta pierna de marras, esta historia del embutido también me toca en lo personal, como húngaro, como europeo del este, como europeo a secas y como maestro de gimnasia. No descalifico a los alemanes porque, quien habla de Alemania, de Europa o de la problemática alemana, habla de sus propios problemas.

Al hablar de un país y en especial de identidad nacional, los alemanes hacen en general preguntas muy húngaras. La pierna de marras me hace pensar en cuántos cuestionamientos se habrán hecho ya los alemanes y eso me recuerda los que no se han hecho.

En todo trabajo en el idioma en el que se aplica la pierna de palo, mi país y los nuevos países europeos —he aquí

la vida milagrosa de la palabra: no uso aquí la expresión “nuevos países” en el sentido de terrenos aledaños— en todo trabajo, decía, esas naciones no significaron absolutamente nada. ¿Por qué no? Porque no. No teníamos ganas, ni ganas ni fuerza. Con nosotros todo pasa muy rápido, *demasiado* rápido. La guerra mundial y la dictadura apenas habían terminado cuando de inmediato empezó otra dictadura. Terminó y cuando podíamos hacernos conscientes de lo que significaba vivir en un país libre y soberano, debimos pensar exactamente, o más bien tendríamos que haber pensado en lo que significa prescindir voluntariamente de parte de esa soberanía. No logramos salir adelante en la vida con nuestros sentimientos. Los problemas, en caso de definirlos así, los escondemos bajo el tapete y de inmediato sabemos qué procede: dejarlos ahí. ¿Qué tipo de tapete? Afirmamos no tener ninguno porque se lo robaron los comunistas.

Los comunistas, es decir, los otros.

Y así llegamos a la pregunta crucial: ¿Quién es húngaro?, ¿qué es ser húngaro?; eco: un alemán.

La autoestima alemana difiere de la húngara en que la alemana es más elaborada, tiene más trabajo tras de sí y prohíbe, por ejemplo, hablar de sí misma con palabras nacionalistas o racistas y eso no es mera casualidad.

No hay palabras en húngaro para sobreponerse al pasado. No las hay porque esa habilidad no existe entre nosotros; los diccionarios recomiendan reescribir los conceptos. Se me acaba de ocurrir que tal vez yo no debería insistir mucho en esto porque de lo que se trata aquí, en la medida de lo posible, es que la lengua húngara todavía sabe lo que ya se le olvidó al alemán: que no puede sobreponerse al pasado —es ahí donde el húngaro saca en lo posible la conclusión equivocada—, de que sobreponerse al pasado a manera de trabajo es un trabajo forzado europeo que no es posible.

Nadie puede resolver solo sus propios problemas. Una de las consecuencias de las preguntas alemanas que ya se han hecho es que en estos tiempos no hacemos preguntas que tengan que ver con nosotros y por ése y otros motivos, debido a nuestras preguntas, los alemanes no pueden elaborar las faltantes.

Los alemanes han logrado llamar por su nombre a sus faltas, pero no le han puesto nombre a su dolor personal.

Es costumbre europea ocultar las fechorías propias a través de las fechorías alemanas. El odio contra los alemanes cimienta la Europa de la posguerra.

La ausencia de proceso entorpece la memoria nacional húngara —expresión que corresponde a las palabras Suprema Corte, Guardia Nacional, Ingreso Nacional—, definitivamente



a esa memoria le gusta verse como víctima perenne (es un reflejo general de Europa del Este). La memoria nacional alemana tiene mayor evolución, reconoce por nombre su responsabilidad personal. Pero no puede reconocer de la misma manera la responsabilidad de otros (en cuanto lo intenta, se enfrenta con una desconfianza histórica) y como nosotros, los otros, nunca mencionamos nuestra responsabilidad personal, la injusticia desemboca en lástima de los alemanes por sí mismos. Lo que debiera estar unido se separa en odio y lástima por uno mismo, junto a la ausencia de verdad del asesino está la ausencia de verdad de la víctima

únicamente y tras los dos, el “nosotros” sin explicación, la memoria nacional no explicada. Esta falta de explicaciones pide a gritos una “normalidad”.

Debido a que no hay países normales, porque las reglas se traicionaron en todos lados, encontramos “cupó completo” donde el único anhelo es la normalidad y el deseo de com-



partir la amnesia con la que otros países manejan sus errores personales; prohibirle a Alemania tan generosa perversidad resulta franca discriminación.

Todavía no existe un acuerdo europeo integral sobre la idea de concebirse a sí mismo como asesino y víctima.

Para darnos cuenta de que no hay “otros” que nos abaniquen la cabeza con el garrote-pierna, es necesario no apoyarnos en la compasión y el sufrimiento personal, he ahí el prerequisite, compasión y sufrimiento personal: todas las manos son nuestras manos, no existen manos desconocidas, por tanto no existe el garrote-pierna.

El acuerdo entre diferentes experiencias, entre diferentes creencias es sumamente difícil. En una novela leí que sin memoria no hay moral. Pero sin el olvido no existe el recuerdo. Sólo podemos acordarnos cuando podemos olvidar. A veces sirven las funciones paradójicas de la literatura. Llevar un hecho colectivo al conocimiento propio hace posible el olvido. Los libros cuentan historias, para que no tengamos que contar historias personales. En húngaro, cuando no se quiere seguir hablando sobre un tema, decimos: “Cúbralo con un velo”. Esa expresión equivale a la alemana: “Cúbralo de óxido”. Porque el velo no borra lo que ya sucedió. Todavía se ve un poco lo que se escondió, pero no tan directamente como para hacernos daño. Puede que duela un poco, pero no incide de lleno sobre la herida.

A la novela no se le impone la tarea de mejorar la realidad, porque no la cumpliría. La vida de la gente no tiene la tarea de mejorar, porque no la cumpliría. La historia tampoco tiene la tarea de mejorar. Ahí es donde triunfa mi postura —que no es ningún descubrimiento— sobre lo maravilloso de la vida.

Sobre lo maravilloso y lo normal leí lo siguiente en una novela:

De acuerdo con la opinión de mi padre, con algunas limitaciones, la vida es maravillosa. Y de acuerdo con la opinión de mi padre, morir en Auschwitz es normal, natural, como llevado de la mano. A la persona la arrastran hasta que muere, es decir que todo está en orden, todo va según el plan —siempre y cuando haya un plan, si no hay plan, hay que ponerse de acuerdo (de vez en cuando con algunas dudas). No morir en Auschwitz no es normal, no es natural, qué maravilla. La maravilla no se refiere a la ocasión poco probable, aunque trata de una ocasión poco probable. El motivo

de esto puede ser un error, una coincidencia, la suerte (*Mazl*), así como la incontrolable histeria de la voluntad divina sin rumbo. De la misma manera no es normal, ni natural, por tanto qué maravilla, no llegar a Auschwitz (o sea morir en Noauschwitz o no morir). Como mucha frecuencia así sucede, y eso es lo que nos engaña. La maravilla del mundo es difícil. Con lo cual no quiero decir, como decía mi padre, que si el mundo sin errores fuera normal sería más fácil, más difícil o igual que esta maravilla.

El *pug* de Otto vomita. Ottodios. Entonces, dejar que la pierna se enfríe un poco, embadurnarla con clara de huevo, y acomodar el resto de la masa en el exterior presionando.

Luego nada más quince minutos –el orador mira su reloj– hornearla a 160 grados para que se dore. Para acompañar bastan alcachofas tiernas fritas, espárragos verdes y aioli. Un tinto Bandol de Provenza.

“Yo soy de un país –dijo o dice o diría Kornél Esti– donde coexisten hombro con hombro la altanería burda del humor de Europa del Este y la amenazante franqueza mezquina de las tradiciones vacías.”

Con el tiempo han cambiado muchas cosas, también ha cambiado la proporción entre lo serio y lo no serio. La dictadura llegó a su fin, finalizó el mundo bipolar, la imagen del pasado, sin duda, es tan bonita como antes, nos gusta tanto como antes, luchar sonrientes como Don Quijote contra los molinos de la seriedad. Sigue siendo una imagen bonita, irnos pareciendo a Sancho Panza. Como ya no hubo molinos de viento, bastó una vez para que todo se volviera *funny*. Todos se ríen de todo, tomar cualquier cosa en serio es *impertinente*. El lema es: Todo pasa. Nada pasa. (La simetría de la estructura de la frase es también muy bonita en húngaro). *Minden meggy. Semmi meggy*. Sólo que este *nada pasa* significa exactamente lo contrario, “*azt már nem mondom, vagy csak ezen a titkos és cinkos nyelven, hogy te is hegy, én is hegy, nekem ugyan egyre meggy*” (fragmentos de Sándor Weöres).

Todo sobre nada –Kornél Esti bajó la cabeza, por todos y todos lados oía esa risa nueva.

Ése es mi problema personal, es el problema del estilo, que tengo que resolver a diario, el problema de que cada una de las frases debe llevar mi sello. No sólo hay que lidiar con la seriedad vacía y con la exuberante ausencia de seriedad, sino también con la nueva y polifacética ausencia de seriedad. En este nuevo orden de lo serio y lo no serio la frase tiene que encontrar su lugar. Tiene que lograr expresar que en realidad no todo va bien y debe lograrlo sin usar el tono rancio de maestro regañón; tiene que poder decir *sí* y *no*, siempre y cuando se sepa de antemano que las palabras importantes en la literatura son *quizá* y *posiblemente*. La oración tiene que evitar la comodidad de la libertad falsa y del orden falso, sin dárseles de guardiana de la verdad. (La libertad falsa y artificial se olvidó al día siguiente del 11 de septiembre, el orden falso e irreal se vale de esta fecha, para legitimar sus viejos planes autoritarios. Pero seguramente esto sólo nos pasa en Hungría. Hablamos y hablamos del tema y ya se nos olvidó el día.) Nuestra vida sigue adelante como antes y como siempre. ¡¿Cómo si no?!

Hay muchas formas de seriedad: la bonita, la fea, la amargada sin sentido del humor o altanera, existe la seriedad cobarde,

que le tiene miedo a la libertad, también está la seriedad imprescindible, que surge de la libertad. Pero la seriedad no es mi tierra, ése no es el lugar donde me siento en casa, por eso quiero seguir poniendo a prueba el honor de la no seriedad europea.

Cuando me subo al pódium, no existe el pódium, no hay forma de discurso preferida, cuando me subo al pódium, tras el púlpito, que se ubica dentro de *lo que no existe*, me viene a la mente automáticamente Ernst Herbeck, el loco y poeta, y su poema sobre la soledad:

La soledad se parece
a una reunión y
luego, cuando un señor
lleva una plática,
debe ser interesante,
para sobreponerse a
a la soledad. ¡Gracias!

Sin duda fue a través de la seriedad del Premio de la Paz que me vino a la mente el tema de la seriedad. A través del Premio de la Paz de los *libreros* alemanes.

Al pensar en libreros no puedo abrigar más que pensamientos románticos. Hoy calificamos con cariño, de extraordinario y heroico a todo lo que tiene que ver con los libros. Y sin esperanza alguna. Es heroico y carece de esperanza, el escribir libros, heroico y sin esperanza alguna publicarlos. Y naturalmente es heroico y carece de esperanza vender libros; así es, aunque el buen librero haga parecer este heroísmo como algo *natural*. Es decir, sin que persiga ningún fin cultural, sino cumpliendo con su trabajo como alguien que ama y entiende su profesión. Sentirse de vacaciones al estar trabajando: he ahí mi imagen romántica de esta profesión. (Cuántas, muchas pequeñas librerías tienen que cerrar hoy en día, no debo pensarlo en este momento y... dejémoslo: heroico y sin esperanza.)

Y desde aquí, “desde el lugar de la palabra”, quiero agradecerle a todos los libreros, a todos los libreros del mundo, desde el polo norte hasta el polo sur a más de a Hódmezovásárhely –de todo corazón incluso a los que no han vendido ni un solo libro mío; lo cual desde luego repruebo profundamente y de ninguna manera deja de parecerme un buen ejemplo.

Cuando hace más de medio siglo mujeres y hombres alemanes instituyeron este premio, sabían ya perfectamente, qué es la paz y qué es la guerra. No había que reflexionar, no había que convocar a ningún concurso, para recibir definiciones ingeniosas, no se necesitaba especular cómodamente sobre

el tema, de si la falta de paz tendría forma de paz o de guerra ni de si la falta de guerra seguramente no tendría forma de paz, todo eso era innecesario, bastaba con que el cuerpo y los poros recordaran. A veces el cuerpo es más sabio que la cabeza. (¿La cabeza también es parte del cuerpo?)

No conozco el horror de la guerra, sólo conozco el horror de la paz. Soy hijo de la paz, individuo de posguerra, que todavía no ha hecho nada activo por la paz. De vez en cuando, lo cual también es cuestión de suerte, me he reído de la dictadura y en instantes sumamente felices: me he reído de mí mismo. Nací en 1950, *quasi post festum*. Y cuando, digamos, quería hacerme una imagen del mundo en 1945 y de lo que significaba entonces Alemania, cuando quería saber cómo era la mezcla de caos, desesperanza y hedor de los cadáveres, cómo era el triste y frío horror de sobrevivir, imagen de la que podía descifrarse la esencia de la guerra, el sentimiento de ser ajeno y culpable, entonces hubiera elegido a un escritor, que de seguro no hubiera podido ganar ningún Premio de la Paz: a Louis-Ferdinand Céline, ¿qué ser tan jodido si acaso hubo alguno pero qué gran escritor!

Céline también podía recordarnos que la literatura no es ninguna hacedora de paz, que uno no puede usarla nada más porque sí —aunque tenga uno siempre la tentación de usarla para lo bello y lo bueno, y de ponerla como puente entre los pueblos y las culturas, como si dos pueblos, que tiene los mismos libros en su repisas, no fueran a matarse. Y como si el que lee fuera, buena persona. (Y, más de dudarse, aún, el que escribe.)

Pero el lenguaje de la literatura no es el de la comunicación, sino el de la creación. Crear algo de la nada —lo cual no es para *gentlemen*. La literatura no es una mascota, no está domesticada, al menos en teoría. La literatura no se creó para los premios literarios. La literatura no es parte ni de la legalidad ni de la tolerancia, sino de la pasión y del amor. Con el amor no se construyen las sociedades, por lo cual no es confiable. La literatura no es embajadora de la paz y si esa embajada tuviera que ocuparla alguien, sería la libertad. Aunque la libertad a veces quiere paz y a veces guerra.

En este discurso me hubiera gustado hablar también del *gulash kuttel*, pero ya no hay tiempo, hubierá sido correcto aludir un poquito a la entrada a la Unión Europea y la palabra *ojalá* habría desempeñado un gran papel. Me considero muy afortunado si de un texto en alemán logro sacar aunque sea una vez la palabra *ojalá*. Esa palabra ya desempeña para mí un papel en un texto en húngaro, “hogy mog-e van-e

irva, Petorkem, elnézést”. Pero eso será en otro discurso de agradecimiento.

Al conocerla me perturbó la lista de ganadores del Premio de la Paz. La vi desde una perspectiva equivocada. No es una lista de vanidades, no se trata de quién aparece y quién no. Lo que dice esta lista ante todo es que la lista existe, y no es una simple lista de *best-sellers*, sino un acuerdo general, o sea una tradición. Todo se vuelve cada vez menos lógico.

Esta lista no es testimonio directo ni de la existencia ni de la estabilidad de un determinado intelecto nada cercano, pero sí nos recuerda con énfasis y de modo creíble a ese intelecto que aparece en el centro del libro. (Por cierto, acabo de darme cuenta de que cometí el clásico error europeo, porque quería escribir a continuación: intelecto europeo. Seguro que no por casualidad, no es que yo vea desde Europa afuera. Ni me estoy alabando. Aunque sí es una autocrítica pero no de mala fe.) Y ese recordar es lo que hace posible la escritura. Me sería muy difícil explicar de prisa por qué escribo; Sándor Petőfi y Sartre lo harían mucho mejor —pero ese recordar es lo que hace posible la escritura.

Mi agradecimiento se apoya en esta base, por lo cual no es un simple agradecimiento cortés. (Aunque, por cierto no hay que menospreciar la cortesía.) Esta seriedad es para mí una seriedad alegre, no una herencia opresiva, con la que debía uno medirse ridícula y penosamente. Esta seriedad es una oportunidad, una posibilidad y tiempo, *time*, como bien dice Mick Jagger: “time is on my side”. (*Yesitis, Yesitis.*)

Ahora, en este recinto en que nos encontramos, y frente al tiempo, este domingo al, mediodía, puedo decir que la Misa del Aroma se acerca a su fin y por tanto: “Podéis ir en paz, rápido”. Así dijo Kornél Esti.

Yo —con el significado de siempre— les agradezco su atención. •

Traducción del húngaro al alemán de Susana Ghase

PÉTER ESTERHÁZY nació en 1950 en el seno de una de las familias más distinguidas y aristocráticas —mecenas y protectores de las artes— durante el gran imperio austrohúngaro. Su obra era poco conocida hasta antes del desmoronamiento del Estado comunista. A partir de entonces sus novelas, de carácter lúdico y experimental, han sido ampliamente reconocidas por la crítica. Entre sus principales obras se encuentran *Pequeña pornografía húngara* (1992), *Una mujer* (1996), *La mirada de la condesa Hahn+Hahn bajando por el Danubio* (2001) y *Armonía celestial* (2003).